

LA
ÚLTIMA

ENTREVISTA

JOSEP
MARIA POU

► Nombrar a José María Pou (Mollet del Vallès, Barcelona, 1944) es rendir pleitesía a Shakespeare, Orson Welles, Herman Melville, Sócrates o Pirandello. También al teatro militante, aquel que congregaba en sitios no oficiales a practicantes, combatientes y aficionados de la palabra libre y recitada. El milagro del teatro. Escena coral. O lo que es lo mismo, un actor que lleva 50 años mirándose en el espejo del teatro para buscar en su ficción la verdad de nuestro tiempo.

Ahora lo hace como abogado y defensor de la res pública en 'Viejo amigo Cicerón', obra escrita por Eduardo Caballero y dirigida por Mario Gas que se representa hoy a partir de las 20.30 horas en el Teatro Principal de Castellón.

LA OBRA SOBRE
CICERÓN LLEGA
HOY AL TEATRO
PRINCIPALEL VETERANO
ACTOR VUELVE A
DAR UNA LECCIÓN
EN EL ESCENARIO

«LA PALABRERÍA SE HA IMPUESTO A LA PALABRA»

CLARA FELIS CASTELLÓN

Pregunta.- ¿Por qué volver a Cicerón?

Respuesta.- El espectáculo nace de esa necesidad que el teatro ha tenido siempre, el de la tribuna pública. En su momento, Mario Gas, Ernesto Caballero y yo creímos conveniente buscar en la historia un personaje o situación para mirarnos en él. Para reflexionar sobre nuestra situación a través de la re-visitación histórica. Fue entonces cuando dimos con Cicerón y con la República romana. Aunque no había un interés especial en ir a por Cicerón, ni en hacer un espectáculo sobre Cicerón, sino que más bien el interés estaba en vernos en el espejo de la historia para entendernos un poco mejor.

P.- ¿Y lo ha logrado? ¿Entenderse y entenderlo?

R.- Cicerón es inabarcable y me siento humildemente incapaz de hablar de Cicerón como haría un historiador, porque su figura es muy controvertida. Hay un aspecto de él que nos interesaba a todos y es aquel Cicerón que se vincula al cambio al final de la República. No hay que olvidar que él es por encima de todo abogado, un hombre de leyes con unas dotes extraordinarias para la oratoria y la elocuencia, que en un momento determinado decide meterse en política para defen-

der la democracia en la que él cree y para frenar el imperio a tres dictatorial.

P.- Leer y dudar. De ahí su sabiduría...

R.- A mí como actor lo que me sedujo para hacer este espectáculo es encontrarme a un Cicerón que duda y se equivoca continuamente. Cuando llega el momento de apoyar a Julio César o a Pompeyo, él se decide por este último porque está defendiendo la democracia en la que él cree, pero se equivoca y lo pierde todo.

P.- ¿Qué es lo que más le entusiasma de Cicerón?

R.- Lo que me interesa es ese Cicerón humanista capaz de decir en un momento determinado «para vivir me basta solo con dos cosas: un jardín y una biblioteca» (entona de memoria) o «una casa sin libros es como un cuerpo sin alma» (recita con tono solemne).

P.- Un filósofo que ejerció de político.

R.- Cicerón no era un político en el sentido estricto de la palabra. Era un hombre que se metió en política porque tenía un compromiso con la sociedad y quería colaborar con ella. Seguramente, no tenía las mismas armas o la misma falta de escrúpulos que suelen tener aquellos que entran en política con auténtica vocación política o como medio para conseguir otras cosas.

P.- Como dijo él y usted rescata en esta obra: «No hay nada, por muy deplorable que sea, que la oratoria no pueda convertir en aceptable».

R.- Es verdad que a través de todos los textos que he leído sobre la oratoria, la elocuencia, sobre cómo or-

ganizar un discurso para que sea eficaz y llegue fácilmente, me he dado cuenta que Cicerón habla mucho sobre la forma de contar historias, que es la base del teatro. No sé si estamos descubriendo o alguien debería hacer un estudio sobre la influencia de Cicerón en el teatro.

P.- Es decir, que los discursos de Cicerón pueden valer como método de actuación?

R.- Los profesionales del teatro sabemos que en cada representación lo que se debe hacer es contar una historia lo más honestamente posible para que le llegue al público de forma directa. Utilizar la palabra para transmitir un mensaje, un discurso, tiene mucho que ver con el oficio del actor. Con el oficio de las gentes del teatro.

P.- Hablemos de eso, del oficio de ser actor.

R.- El actor trabaja por encima de todo con dos cosas: con su experiencia vital, que es la que ha ido adquiriendo a lo largo de su vida, y con el perfeccionamiento del oficio. En consecuencia, el señor que lleva más años practicando este oficio es el que tiene un mayor conocimiento.

P.- Entonces, ¿el buen actor siempre es el más viejo?

R.- Yo sí creo que el mejor actor es siempre el más viejo, porque es el que mejor caudal tiene de experiencia vital y el que mejor caudal tiene de experiencia profesional. Otra cosa es que se llegue a una edad determinada en la que uno físicamente no pueda arrastrarse por los escenarios.

P.- En esta época en el que la palabrería le ha quitado escena a la palabra. ¿Qué papel juega el teatro?

R.- La palabrería, la charlatanería, entre comillas y con todo lo que tiene de despectivo y de peyorativo, se ha impuesto a la palabra. Me viene a la cabeza aquella época de las maldiciones del mes de abril, donde el candidato del PP empezó a utilizar la palabra *felón* o *felonía*, como si fuera una cosa muy habitual. Estoy seguro que el 90% de los españoles tenían que acudir al diccionario y que él mismo casi ni la sabía. Hay que utilizar las palabras como piedras, pero siempre en beneficio de altas causas.

P.- «En el orador se pide la agudeza de los dialécticos, las sentencias de los filósofos y el estilo de los poetas», apuntaba Cicerón...

R.- ¡Ojalá los líderes políticos leyeran a Cicerón y fueran capaces de organizar los discursos y sus intervenciones públicas de acuerdo a sus consejos! ¡Mejor nos iría a todos! Escucho a los líderes políticos en los debates, en los mítines y se me cae la cara de vergüenza más de una vez. Precisa-

mente por la escasa capacidad ya no de oratoria, de elocuencia y de organizar un discurso, sino por la escasa calidad del lenguaje. Incluso de no encontrar las palabras justas.

P.- ¿Cuál es el valor de la palabra en el teatro?

R.- La palabra tiene un valor fundamental. Es lo que he defendido toda mi vida. Una de las cosas que más me gustan como actor es comunicarme con el público, sentir que estamos compartiendo los dos una misma respiración. También leer en voz alta, porque creo que al leer en voz alta se leerá la palabra como si uno la pintara en tres dimensiones. Como si al decir una palabra en voz alta la llenaras de unas dimensiones, la convirtieras en algo físico y fuera volando hasta el oyente. Esa es una de las cosas que más me gustan del teatro.

P.- ¿Hacer teatro es un acto político?

R.- El teatro es por definición, ya desde la época de los griegos, ese espejo que uno coloca frente a los espectadores para que se vean a sí mismos. Ser actor o ser profesional del teatro es una manera de hacer política, de comprometerse con la sociedad. Mi manera de hacer política ha sido siempre desde el escenario, pero ahora ha llegado un momento en el que uno está deseando pasar a la retaguardia, al segundo plano. En eso estoy ahora.

P.- Entonces, lo de actuar hasta el final de los días, esa heroicidad del actor inmortal ¿no va con usted?

R.- No creo en esas frases románticas de «hay que morir con las botas puestas» o «moriré en el escenario». Oiga no, no. Veo muy claro que quiero, en un término más bien cercano y corto, retirarme. Quiero robarle al teatro un poco de tiempo para dedicármelo a mí mismo.

P.- ¿El buen teatro debe plantear más preguntas que respuestas?

R.- Total, total. He elegido todos mis textos a lo largo de estos 50 años en función de esa creencia. Me interesa hacer funciones que consigan transformar mínimamente al público. No se trata solo de dar respuestas, se trata de abrir las mentes a nuevas preguntas y eso se puede conseguir con el teatro. No me perdonaría nunca que el público saliera del teatro pensando que ha perdido el tiempo, para mí sería el mayor de los fracasos.

P.- El teatro transformador. También llamado el milagro del teatro...

R.- Lo que me ha mantenido en este oficio hasta hoy es ese momento de la representación. Me parece milagroso. Un montón de gente que no se conoce de nada acude a un local determinado y se encuentra a gente que no ha visto nunca, pero en ese momento forman un solo cuerpo. Eso me vuelve loco.

P.- ¿También en Cataluña?

R.- Espero que algún día podamos hacer un espectáculo sobre lo ocurrido en Cataluña durante los últimos cinco años para que nos ayude a entenderlo mejor.

